

sos: muchos de nuestros terroristas fueron hombres de una sensibilidad exaltada, enfermiza, que sintieron honda y cruelmente los males del pueblo y que vieron convertida en furor su piedad.

Este notable fenómeno se nota principalmente en los hombres nerviosos, de imaginación débil é irritable, en los artistas de todas clases; el artista es un hombre mujer (1). El pueblo, cuyos nervios son más fuertes, sigue esta corriente; pero jamás dióle impulso. Las violencias partieron del Palais-Royal, donde dominaban los burgueses, los abogados, los artistas y literatos.

La responsabilidad misma entre ellos no incumbe á nadie. Un Camilo Desmoulins levanta la liebre; abre la caza; un Danton la hace mortífera... de palabra, se entiende. Pero no faltaban mudos que ejecutaran, hombres pálidos y furiosos que llevaban las ideas á la Grève, donde eran apoyadas por los Dantones de orden inferior. En la miserable multitud que rodeaba á éstos había extrañas figuras, que parecían escapadas del otro mundo: hombres con rostro de espectros, exaltados por el hambre, jóvenes todavía y que no parecían ya hombres... Se afirma que muchos de ellos el 20 de Julio llevaban tres días sin comer. Se resignaban, morían, sin hacer daño á nadie; pero las mujeres no se resignaban; tenían hijos. Vagaban como leones. En todo alboroto eran ellas las primeras, las más furiosas: lanzaban gritos frenéticos y se burlaban de los hombres por su pasividad; los juicios sumarísimos de la Grève parecíanles siempre largos. Hablaban poco y colgaban en seguida (2).

Inglaterra ha tenido en este siglo la poesía del hambre. ¿Quién dará su historia á Francia?... Terrible historia la del último siglo, descuidada por los historiadores, que han guardado toda su piedad para los artesanos del hambre, para sus autores... He intentado descender en los círculos de este infierno, guiado de escalón en escalón por profundos gritos de dolor. He mostrado la tierra, cada día más estéril, á medida que el fisco se apoderaba del ganado. He mostrado cómo los nobles, los exceptuados de impuestos, se multiplicaban, pesando cada vez más la tributación sobre una tierra empobrecida. No he mostrado bastante cómo los alimentos, por su escasez misma, se convierten en objeto de un tráfico eminentemente productivo. La ganancia es tan clara, que el rey quiere ser negociante también. El mundo ve con asombro á un rey que trafica con la vida de sus súbditos, un rey que especula con la carestía y la muerte, un rey asesino del pueblo. El hambre no es sólo el resultado de las cosechas y las estaciones, un fenómeno natural; no es origen de la lluvia ni el hielo. Es un hecho de orden civil; hay hambre por culpa del rey. El rey, en este caso, es el sistema. Hubo hambre bajo Luis XV; hay hambre bajo Luis XVI.

(1) Quiero decir un hombre completo que, teniendo los dos sexos del espíritu, es fecundo; siempre, casi siempre sintiendo el predominio de la sensibilidad irritable y colérica.

(2) El 5 de Octubre colgaron así al bravo abate Lefèvre, uno de los héroes del 14 de Julio; afortunadamente pudo cortarse la cuerda á tiempo.

El hambre es entonces una ciencia, un arte complicado de administración, de comercio. Tiene padre y madre: el fisco y el acaparamiento. Engendra una raza aparte, raza bastarda de proveedores, banqueros, negociantes, almacenistas acaparadores, intendentes, consejeros, ministros. Una frase profunda sobre la alianza de los especuladores y los políticos sale de las entrañas del pueblo: *Pacto del hambre*.

Foulon era de una parte especulador, negociante; y de otra miembro del Consejo y aspirante á ministro; tenía seguridad de serlo. Hubiera muerto de pena si otro en su lugar hubiera realizado la bancarrota. Los laureles del abate Terray no le dejaban dormir. Tenía la pretensión de elevar muy alto su sistema; pero su lengua trabajaba contra él y le hacía imposible. Halagaba á la corte la idea de no pagar, pero quería realizar empréstitos, y para atraer á los prestamistas no se podía llevar al ministerio al apóstol de la bancarrota.

Se le atribuye una frase cruel: «Si tienen hambre que coman hierba... ¡Paciencia!, cuando yo sea ministro les haré comer paja; mis caballos la comen...» Se le achacaba también esta frase terrible: «Es preciso segar á Francia.»

Foulon tenía un yerno, conforme su corazón; hombre inteligente, pero duro, según el testimonio de los mismos realistas: era Berthier, intendente de París. Con el viejo Foulon era el alma del ministerio de los tres días. El mariscal de Broglie no auguraba nada bueno, pero obedecía. Foulon y Berthier no desmayaron. Aquél demostró una actividad diabólica en reunir armas, soldados y fabricar cartuchos. Si París no fué tomado á sangre y fuego, no fué por culpa suya ciertamente.

Llama la atención que gentes tan ricas, tan perfectamente informadas, curtidas por la experiencia, cometiesen tan grandes locuras. Es que los grandes especuladores sufren las tentaciones mismas de los jugadores. El negocio más lucrativo que jamás hubieran podido encontrar, era hacer la bancarrota por medio de la ejecución militar. Esto era arriesgado. Pero, ¿qué gran negocio hay sin riesgo? Se gana dinero sobre la tempestad, sobre el incendio; ¿por qué no sobre la guerra y sobre el hambre? Quien nada arriesga, nada tiene.

El hambre y la guerra; quiero decir, Foulon y Berthier, que creían poseer á París, se sintieron desconcertados por la toma de la Bastilla.

En la noche del 13, Berthier intentó asegurar á Luis XVI; si obtenía de él algo, una frase, todavía podía lanzar sus alemanes sobre París.

Luis XVI no dijo nada, no hizo nada. Desde este momento aquellos dos hombres comprendieron que estaban perdidos. Berthier huyó hacia el Norte, caminando durante la noche de un lugar á otro; pasó cuatro noches sin dormir, sin detenerse, y no llegó más lejos de Soissons. Foulon no intentó huir; hizo decir por todas partes que no había querido ser ministro, luego que había sufrido un ataque de apoplejía, después que había muerto. Se hizo á sí mismo un entierro magnífico, aprovechando la muerte de uno de sus criados. Hecho esto, fué dulcemente á escon-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FACULTAD DE LETRAS
CALLE DE MONTEPERREY, MEXICO

derse á casa de su digno amigo Sartine, exjefe de policía. Tenía motivos para su miedo. El movimiento era terrible. Elevémoslo un poco.

En el mes de Mayo el hambre había sido terrible, lanzando unas poblaciones contra otras. Caen y Rouen, Orleans, Lyon, Nancy, habían sostenido combates por los cereales. Marsella había visto á sus puertas una partida de ocho mil hambrientos que querían robar ó morir; toda la ciudad, á pesar del gobierno, á pesar del Parlamento de Aix, había tomado las armas y permanecía armada.

El movimiento se aplaca algo en Junio; Francia entera, con los ojos puestos en la Asamblea, esperaba que venciera; no quedaba otra esperanza de salvación. Los más extremados sufrimientos se calman un momento; un solo pensamiento lo domina todo...

¿Quién puede describir la rabia, el horror de la esperanza perdida al conocerse la noticia de la expulsión de Necker? Necker no era un político; era, como ya hemos visto, tímido, vanidoso, ridículo. Pero en la cuestión de las subsistencias (se le debe hacer justicia) fué administrador infatigable, ingenioso, lleno de industria y de recursos. Se muestra en esto tal como es, de corazón grande, bueno y sensible; no queriendo nadie prestar al Estado, hace un empréstito en su nombre, compromete su crédito personal hasta dos millones, la mitad de su fortuna. Expulsado por el rey, no retira su garantía; escribe á los prestamistas advirtiéndoles que la mantiene. Para decirlo de una vez: Necker no supo gobernar, pero dió de comer al pueblo; le dió de comer con su dinero.

Las palabras Necker y subsistencia tenían un mismo sonido en el oído del pueblo. Expulsión de Necker y hambre, hambre sin esperanza y sin remedio... he aquí lo que sintió Francia el 12 de Julio.

Las bastillas de provincia, la de Caen y la de Burdeos fueron forzadas, mientras que la de París era sitiada y tomada. En Rennes, en Saint-Malo, en Strasburgo las tropas fraternizaron con el pueblo. En Caen hubo lucha entre los soldados mismos. Algunos hombres del regimiento de Artois llevaban insignias patrióticas; otros del regimiento de Borbón, aprovechándose de que aquéllos iban desarmados, se las arrancaron. Se creyó que su jefe Belzunce les había pagado por inferir esta ofensa á sus camaradas. Belzunce era un oficial agradable y espiritual, pero impertinente, violento y soberbio. Se vanagloriaba de su desprecio á la Asamblea nacional, al pueblo, á la canalla; se paseaba por la ciudad armado hasta los dientes y seguido de un criado de aspecto feroz. Sus miradas eran provocativas. El pueblo perdió la paciencia, amenazó, sitió el cuartel; un oficial cometió la imprudencia de disparar, y entonces la multitud fué á buscar un cañón. Belzunce se entregó ó fué entregado para ser conducido á la prisión. No pudo llegar; fué muerto á tiros y su cuerpo quedó destrozado. Una mujer se comió su corazón.

Hubo sangre en Rouen, en Lyon. En Saint-Germain un molinero fué decapitado. En Poissy un panadero estuvo á punto de perecer; salvó una comisión de la Asamblea que se mostró admirable de valor y

MUJER AN=
TROPOFAGO

humanidad, arriesgando su vida; lo salvó después de pedirlo al pueblo de rodillas. Foulon hubiera podido pasar este momento de tempestades si no hubiera sido odiado por toda Francia. Su desgracia fué que quienes más le odiaban eran los que mejor le conocían, sus servidores y vasallos. No se dejaron engañar por la farsa del entierro y no le perdían de vista. Le siguieron y le encontraron paseándose, demasiado bien para estar muerto, en el parque de M. de Sartine: «Querías darnos paja; ¡serás tú quien la coma!» Le pusieron un saco de paja en la espalda, un ramo de ortigas, un collar de cardos. Lo condujeron á pie á París, al Hotel de Ville y pidieron su juicio á la única autoridad que quedaba, á los electores.

Estos sienten que no se haya tomado antes la decisión popular que iba á crear un verdadero poder municipal, dándole sucesores y concluyendo con su reinado. Reinado es la palabra propia; los guardias franceses no montan la guardia en Versalles, sino tomando antes la orden (hecho extraño) de los electores de París.

Este poder ilegal, invocado para todo, impotente para todo, debilitado en su asociación fortuita con los concejales anteriores á la Revolución, no teniendo por cabeza más que al excelente Bailly, el nuevo alcalde, que no tenía otro brazo que Lafayette, comandante de una guardia nacional apenas organizada, iba á encontrarse frente á una necesidad terrible.

Casi á la vez supieron que Berthier había sido detenido en Compiègne y que Foulon era conducido á París. Para el primero tomaron un acuerdo grave, atrevido, de enorme responsabilidad (el temor hace mucho), y fué decir á las gentes de Compiègne: «No hay ninguna razón para detener á Berthier.» Recibieron la respuesta de que entonces sería muerto en Compiègne y que el único medio de salvarle era conducirlo á París.

Respecto á Foulon, acordaron que en adelante los acusados de este género serían depositados en la Abadía, sobre cuya puerta se inscribirían estas palabras: «Prisioneros puestos bajo la mano de la nación.» Esta medida general, tomada por interés de un hombre, aseguraba al exconsejero ser juzgado por sus amigos y colegas, los antiguos magistrados, únicos jueces que había. Esto era demasiado claro para gentes demasiado listas, para los procuradores y la *basoche*, los rentistas, enemigos del ministro de la bancarrota, para muchos hombres, en fin, que tenían efectos públicos y á quienes la baja arruinaba. Un procurador presentó una nota contra Berthier, acusándole de haber tenido depósitos de fusiles. La *basoche* sostenía que tenía todavía uno de aquellos depósitos en la abadía de Montmartre; fué preciso traerlo. La Grève estaba llena de hombres extraños al pueblo «de un exterior decente», algunos demasiado bien vestidos. La Bolsa estaba en la Grève.

Al mismo tiempo se denunciaba en el Hotel de Ville á otro negociante, Beaumarchais, que había robado papeles en la Bastilla. Se le hizo comparecer.

Los electores creyeron poder hacer callar á los pobres, cuando menos, tapándoles la boca. Por medio de un sacrificio de treinta mil francos diariamente se logró hacer bajar el precio del pan á trece sueldos y medio las cuatro libras.

La Grève no gritaba menos por esto. A las dos bajó Bailly á la plaza y todos le piden justicia. Expuso principios de derecho é hizo alguna impresión en quienes podían entenderle, pero los demás gritaban: «¡Colgadle! ¡colgadle!» Bailly prudentemente se retiró y se encerró en el despacho de subsistencias. La guardia era numerosa y fuerte; pero Lafayette, que contaba con su ascendiente personal, cometió la imprudencia de disminuirla.

La multitud estaba en una terrible inquietud, recelosa de que Foulon se salvara. Para calmarla se le hizo asomarse á una ventana. La multitud continuó agitada. Se volvió de nuevo á «exponerla los principios» declarando que debería ser juzgado. «¡Juzgado en seguida y colgado!», respondió la multitud, y allí mismo nombró los jueces, entre ellos dos curas que se negaron á aceptar... Pero, ¡plaza!: he aquí á Lafayette que llega. Habla y sostiene que Foulon es culpable de varios crímenes, pero dice que es preciso conocer á sus cómplices. «¡Que lo lleven á la Abadía!» Las primeras filas que le escucharon consienten; los demás no. «Os burláis del mundo, dice un hombre bien vestido; ¿necesitáis tiempo para juzgar un hombre, juzgado ya desde hace treinta años?» A la vez se alza un nuevo vocerío y una nueva multitud entra: «¡Es el arraball!» dicen unos, y otros responden: «No; ¡es el Palais-Royal!» Foulon es arrastrado, conducido á la farola de enfrente; se le obliga á pedir perdón á la nación. Después es izado... La cuerda se rompe dos veces. Se persiste y van á buscar una nueva. Colgado al fin y decapitado luego, su cabeza es paseada por todo París.

Entretanto, Berthier llegaba á la puerta de San Martín, á través del más espantoso acompañamiento que se ha visto jamás; le seguían desde veinte leguas antes. Le traían en un cabriolé, cuyo techo había sido arrancado para poderle ver mejor. Junto á él un elector, Etienne de la Rivière, que veinte veces estuvo en peligro de muerte, le defendía y amparaba con su cuerpo. Los descamisados bailaban delante del coche; otros le arrojaban pedazos de pan negro: «Toma, ladrón; ¡ese es el pan que nos has hecho comer!» Lo que había desesperado más á la población de los alrededores de París, era que en medio de la carestía general la numerosa caballería reunida por Berthier y Foulon, había destruido y comido en verde una gran cantidad de trigo. Se atribuía esta brutalidad á órdenes del intendente, á una firme resolución de impedir toda cosecha y de hacer morir al pueblo.

Para adornar aquel terrible triunfo de la muerte, llevaban delante de Berthier, como en los triunfos romanos, inscripciones á su gloria: «Ha robado al rey y á Francia.—Ha devorado la substancia del pueblo.—Ha sido esclavo de los ricos y tirano de los pobres.—Ha bebido la san-

gre de las viudas y los huérfanos.—Ha engañado al rey.—Ha traicionado á su patria... (1)»

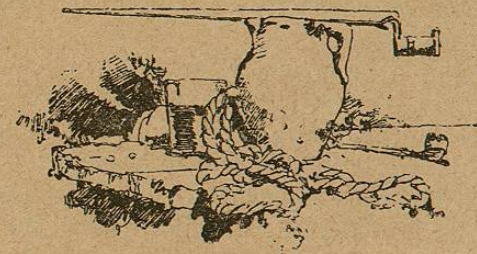
Tuvieron la barbarie en la fuente Maubuée de enseñarle la cabeza de Foulon, lívida y con la boca llena de paja. Al verla se humedecieron sus ojos, palideció y se sonrió.

En el Hotel de Ville se obligó á Bailly á interrogarle. Berthier se disculpó alegando órdenes superiores, las del ministro. El ministro era su suegro, casi su misma persona... Pero si las gentes que ocupaban la sala de San Juan oían algo, las que llenaban la Grève no escuchaban, no entendían; los gritos eran tan furiosos, que el alcalde y los electores se turbaban más cada momento. La multitud crecía y no había modo de contenerla. El alcalde, por acuerdo de los electores, dijo: «A la Abadía», agregando que la guardia respondía del prisionero. En la Grève no pudo la guardia defenderse, pero él arrancó un fusil á un desprevenido y se defendió... Cien bayonetas le rodearon; un dragón, que le acusaba de la muerte de su padre, le arrancó el corazón y fué á enseñarlo al Hotel de Ville.

Los que desde las ventanas observaron en la Grève la habilidad de los agitadores, creyeron que los cómplices de Berthier habían tomado bien sus medidas para evitar que tuviera tiempo de hacer revelaciones. El solo, acaso, tenía el verdadero pensamiento del partido. En su cartera se encontraron las señas de muchos amigos de la libertad que, sin duda, no hubieran tenido nada bueno que esperar si la corte hubiese triunfado.

Fuese como fuese, muchos camaradas del dragón le previnieron de que, habiendo deshonrado el uniforme, debía morir y de que todos se batirían con él hasta que muriese.

Aquella misma noche lo mataron.



(1) *Historia de la Revolución de 1789*, por dos amigos de la libertad (Kerverseau y Clavelin, hasta el tomo VII), tomo II.